8-1/3
D.
PQ 7216
.N6
S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL.—Impr. de la Comp. de Imp. y Libreros, *S. Bernardo*, 92.—**Teléfono núm. 3.074.**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN CONDECORADO EN 15 DE AGOSTO

Una tarde, al finalizar un día de caza, me sorprendió en la Argelia una violenta tempestad, en la llanura del Chélif, á pocas leguas de Orleansville. No había á la vista ni sombra de una aldea ni de un fondak. Nada más que palmeras enanas, montaneras de lentiscos y grandes tierras labrantías hasta los confines del horizonte. Aparte de esto, el Chélif, engrosado por el chubasco, comenzaba á rugir de una manera alar-

mante, y corría yo riesgo de pasar la noche en pleno marjal. Por fortuna, el intérprete civil de las oficinas de Milianah, que era mi acompañante, acordóse de que cerca de nosotros, y oculta en un repliegue del terreno, estaba una tribu, á cuyo agá conocía, y nos decidimos á ir á su casa en demanda de hospitalidad por una noche.

Esas aldeas árabes de la llanura están de tal modo escondidas entre las pitas y los nopales, sus chozas de adobe se hallan construidas tan al ras del suelo, que estábamos en medio del aduar antes de haberlo visto. ¿Era efecto de la hora, de la lluvia, del profundo silencio?... Lo cierto es que me pareció muy triste el país, y, como si sufriera bajo la pesadumbre de una gran angustia que hubiese dejado en suspenso la

vida allí. En todos los campos del contorno, las mieses veíanse en el abandono. El trigo y la cebada, recogidos ya en los hórreos en todas partes, estaban allí tumbados, en vías de pudrirse en el mismo pegujar. Olvidados bajo la lluvia, yacían los rastrillos y los arados, cubiertos de herrumbre. Toda la tribu tenía análogo talante de ruinosa tristeza y de indiferentismo. Apenas si los perros ladraban al aproximarnos. De vez en cuando oíanse gritos de niño en el fondo de una choza, y se veían cruzar por el monte bajo la rapada cabeza de un chiquillo ó el agujereado jaique de un viejo. Aquí y allí, asnillos respingando entre las malezas. Ni un caballo, ni un hombre..., como si estuviésemos aún en los tiempos de las grandes guerras, y todos los ji-

netes se hubieran marchado hace meses.

La casa del agá, una especie de larga quinta, de paredes blancas y sin ventanas, no parecía estar más viva que las otras. Encontramos abiertas las cuadras, vacíos los arcones y pesebres, sin un palafrenero para hacerse cargo de nuestros caballos.

—Vamos á ver el café moro—me dijo mi compañero.

Lo que se llama el café moro es como el salón de recepciones de los castellanos árabes, una casa dentro de la casa, reservada para los huéspedes de paso, y donde esos buenos musulmanes, tan atentos y afables, encuentran los medios de ejercitar sus virtudes hospitalarias á la vez que conservan la intimidad familiar preceptuada por la ley. El café

moro del agá Si-Sliman, estaba abierto y silencioso como sus cuadras. Las altas paredes enjalbegadas con cal, los trofeos de armas, las plumas de avestruz, el ancho diván bajo que circunvalaba la sala, todo ello estaba chorreando con los golpes de lluvia que á rachas penetraba por la puerta... Sin embargo, había gente en el café. En primer término, el cafetero, viejo kábila andrajoso, con la cabeza metida entre las rodillas, agachado junto á un brasero vuelto boca abajo. En segundo lugar, el hijo del agá, un hermoso joven febril y pálido, tumbado en el diván, envuelto en un albornoz negro, con dos grandes lebreles á sus piés.

Nadie se movió cuando entramos nosotros; gracias si á lo sumo levantó la cabeza uno de los lebreles,

y si el mancebo se dignó dirigirnos con sus hermosos ojos negros, una mirada, febril y languideciente.

—¿Y Si-Sliman?—preguntó el intérprete.

El cafetero hizo por encima de su cabeza un vago ademán señalando al horizonte, lejos, muy lejos... Comprendimos que Si-Sliman había partido para algún largo viaje; pero, como la lluvia no nos permitía volvernos á poner en camino, el intérprete, dirigiéndose al hijo del agá, le comunicó en árabe que éramos amigos de su padre y que le pedíamos asilo hasta la mañana siguiente. En seguida el muchacho se levantó, á pesar de la calentura que le abrasaba; dió sus órdenes al cafetero; después, mostrándonos los divanes con ademán cortés, como para decirnos «sois mis huéspedes»,

saludó al estilo árabe, con la cabeza inclinada y mandándonos un beso con la punta de los dedos; y envuelto altivamente en sus albornoces, salió con la gravedad de un agá y de un dueño de su casa.

Tras de esto, el cafetero volvió á encender su brasero, puso encima dos cafeteras microscópicas, y mientras nos preparaba el café, pudimos arrancarle algunos detalles acerca del viaje de su señor y el extraño abandono en que yacía la tribu. El kábila hablaba muy deprisa, con gestos de vieja, en un bello lenguaje gutural, ora precipitado, ora entrecortado por grandes pausas, durante las cuales oíase caer la lluvia sobre los mosaicos de los patios interiores, y el hervor de las cafeteras, y los aullidos de los chacales desparramados á millares por la llanura.

He aquí lo que le ocurrió al infeliz Si-Sliman. Cuatro meses antes, el día 15 de Agosto, recibió aquella famosa cruz de la Legión de Honor que tanto tiempo le habían hecho aguardar. Era el único agá de la provincia que aún no la tenía. Todos los demás eran caballeros ú oficiales; dos ó tres de ellos, hasta llevaban alrededor de su jaique la venera de comendador, y se sonaban las narices con el interior de ella y con la mayor inocencia, según lo he visto hacer muchas veces al Bach'Agá Boualem. Lo que hasta entonces había impedido que condecorasen á Si-Sliman, fué una disputa que tuvo con su jefe de la oficina árabe, á consecuencia de una partida de *buillote:* y es tan poderoso el compañerismo militar en la Argelia, que desde diez años atrás

figuraba en las listas de propuesta el nombre del agá, sin conseguir nunca que se aprobase la suya. Por tanto, podéis imaginaros el gozo del bravo Si-Sliman, cuando en la mañana del 15 de Agosto se presentó un *spahí* de Orleansville á entregarle el estuchito dorado con el diploma de legionario, y cuando Baia, la más amada de sus cuatro mujeres, le sujetó la cruz de Francia sobre su albornoz de pelo de camello. Esto fué para la tribu ocasión de *diffas* y *fantasías* interminables. Toda la noche resonaron los tamboriles y dulzainas. Hubo danzas, se corrió la pólvora y se degollaron qué sé yo cuántos carneros. Y, para que no faltase nada en la fiesta, un famoso improvisador del Djendel compuso en honor de Si-Sliman una cantata magnífica, que comen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

zaba así: *Viento, enjaeza los corceles para llevar la buena nueva...*

El dia siguiente, á la salida del sol, Si-Sliman puso en armas la flor y nata de su *gum* y marchó con sus jinetes á Argel para dar las gracias al gobernador. Según uso y costumbre, el gum se detuvo ante las puertas de la ciudad. El agá dirigióse solo al palacio del Gobierno, vió al duque de Malakoff y le dió seguridades de su adhesión á Francia, valiéndose de algunas frases pomposas de ese estilo oriental que pasa por figurado, sin más que porque desde tres mil años ha, todos los hombres se comparan en él con las palmeras y todas las mujeres con las gacelas. Después de cumplir con estos deberes, subió á dejarse ver en la parte alta de la ciudad; al paso se entregó á sus devociones en la

mezquita, distribuyó limosnas entre los pobres, entró en las barberías y en las tiendas de bordados, compró para sus mujeres diversos perfumes, sederías con flores y ramajes, justillos azules recamados de oro, botas rojas de montar para su pequeño agá, pagando sin regateos y difundiendo su alegría con buenos pesos duros. Viósele en los bazares, sentado sobre tapices de Smirna, y bebiendo café á la puerta de los mercaderes moros, quienes le felicitaban. Agolpábase en torno suyo la curiosa multitud, diciendo: «Ved á Si-Sliman..., el *Emberadur* acaba de enviarle la cruz.» Y las moritas, que regresaban del baño comiendo pasteles, dirigían por entre sus blancos antifaces profundas miradas de admiración á aquella hermosa cruz de plata, nueva, tan ostentosamente

llevada. ¡Ah, la vida tiene á veces sus gratos instantes!...

Llegada la noche, preparábase Si-Sliman á reunirse con su gum, y había puesto ya el pié en el estribo, cuando cátate que se le acerca, jadeante, un *chauch* de la prefectura, y dice:

—Al fin te encuentro, Si-Sliman; te estaba buscando por todas partes... ¡Ven pronto, el gobernador quiere hablarte!

Si-Sliman le siguió sin inquietud. Sin embargo, al atravesar el gran patio morisco del palacio encontró á su jefe de la oficina árabe, quien le dirigió una sonrisa irónica. Esa sonrisa de su enemigo le infundió temores, y entró temblando en el salón del gobernador. El mariscal le recibió á horcajadas sobre una silla:

—Si-Sliman—le dijo con su brutalidad usual y con aquella famosa voz nasal que daba temblores á su séquito—Si-Sliman, hijo mío, lo siento mucho... ha habido en esto un error... No es á ti á quien queríamos condecorar, sino al caid de los Zugs-Zugs... Tienes que devolver tu cruz.

La hermosa cabeza bronceada del agá enrojecióse como si le hubiesen acercado á una fragua encendida. Un movimiento convulsivo estremeció su arrogante cuerpo. Brillaron como ascuas sus ojos... pero no fué más que un relámpago. Casi al momento los bajó, é inclinóse ante el gobernador.

—Eres el amo, señor—dijo; y arrancándose del pecho la cruz, la dejó encima de una mesa. Temblaba su mano; en la punta de sus largas pestañas veíanse lágrimas.

El veterano Pélissier se afectó al verlo:

—Vamos, vamos, mi valiente; el año próximo será.

Y le alargó la mano con ademán cordial.

El agá hizo como que no lo había visto, inclinóse sin contestar y salió de allí. Sabía á qué atenerse con respecto á la promesa del Mariscal, y se veía deshonrado para siempre por una intriguilla oficinesca.

El rumor de su desgracia había cundido ya por la ciudad. Los judíos de la calle de Bab-Azún le miraban pasar con chacota. Los mercaderes moros, por el contrario, se apartaban de él con aire de lástima; y esta lástima hacíale aún más daño que aquellas risas. Marchaba rozando las paredes, en busca de los callejones más oscuros. El sitio de

su cruz arrancada echaba lumbre cual una herida abierta. Y todo el tiempo iba pensando de continuo:

«¿Qué dirán mis jinetes? ¿Qué dirán mis mujeres?»

Entonces sentía bocanadas de ira. Veíase predicando la guerra santa allá abajo, en las fronteras de Marruecos, siempre rojas por los incendios y las batallas; ó bien, recorriendo las calles de Argel á la cabeza de su hueste, saqueando á los judíos, matando cristianos y cayendo también él entre ese gran desorden con que habría ocultado su vergüenza. Todo le parecía posible, antes que volverse á su tribu... De pronto, en medio de sus proyectos de venganza, la idea del *Emberadur* surgió en él como una luz.

¡El *Emberadur*!...: para Si-Sli-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

man, como para todos los árabes, la idea de justicia y de poder resumíase en esta única palabra. Este era el verdadero jefe de los creyentes, entre esos musulmanes de la decadencia; el otro, el de Estambul, aparecíaseles de lejos cual un ente de razón, una especie de Papa invisible, que sólo había conservado el poder espiritual, y en la hégira en que estamos, sabido es lo que vale este poder.

¡Pero el *Emberadur*, con sus grandes cañones, sus zuavos, su escuadra de hierro!... En cuanto Si-Sliman pensó en él, creyóse salvado. De seguro que el Emperador le devolvería su cruz. Era cuestión de una semana de viaje; y tanto lo creía así, que quiso que su hueste le esperase á las puertas de Argel. El vapor-correo del siguiente día

le condujo hacia París; é iba lleno de recogimiento y serenidad, como en una peregrinación á la Meca.

¡Pobre Si-Sliman! Cuatro meses hacía que partiera, y las cartas que enviaba á sus mujeres no hablaban aún del regreso. Cuatro meses llevaba el infeliz agá perdido entre la niebla parisiense, pasando la vida en recorrer los ministerios, burlado en todas partes, cogido por el formidable engranaje de la administración francesa, de oficina en oficina, ensuciando sus blancos albornoces con los bancos de madera de las porterías, á caza de una audiencia que nunca llegaba; luego de anochecer, veíasele con su alta y triste figura, ridícula en fuerza de ser majestuosa, aguardando la entrega de su llave en la administración de una fonda; y subía á su

cuarto, fatigado de las caminatas y de dar tantos pasos en balde, pero siempre altivo, agarrado á la esperanza, empeñándose como un comerciante en quiebra en correr tras de su honra...

Durante aquel tiempo, sus jinetes, en cuclillas junto á la puerta de Bab-Azún, esperaban con el fatalismo oriental; los caballos, sujetos á estacas, relinchaban hacia la dirección del mar. En la tribu, todo estaba en suspenso. Las mieses morían en los campos, sin segarlas por falta de brazos. Las mujeres y los niños contaban los días con la cabeza vuelta hacia París. Y daba pena el ver cuántas esperanzas, inquietudes y ruinas pendían de aquel cintajo rojo... ¿Cuándo acabaría aquello?

—¡Sólo Dios lo sabe!—decía suspirando el cafetero.

Y por la entornada puerta, sobre la llanura violácea y triste, su desnudo brazo nos mostraba una estrecha y blanca media luna en creciente, que subía por un cielo con nubecillas...